

Extraña paradoja llamar "nefando" a algo que por su propia definición no debería tener nombre ni aplicarse a nada. Una ausencia que llegó hasta la homosexualidad: casta sujeta desde el insulto hasta la tortura de la diferencia como empresa de la desigualdad. La espera en la puerta del baño.

# IGUALÁ QUE LARGAMOS

---

texto **Flavio Rapisardi**  
foto **Matías Vértis**



**P**arece mentira que aquello innominado en los devenires de la anomalía, que siempre regula algo que la excede, hoy se consagre en registros civiles, leyes, derechos y hasta convenciones internacionales. Y este parecer es un festejo, pero también una alerta, del mismo modo que todo documento cultural también lo es de una barbarie: la posibilidad de reverenciar una ley no debe cerrar los posibles caminos de los que aún no llegaron a la mesa de reparto y que piensan otras formas de amor, placer y circulación.

Como sostiene Jacques Derrida en *Espectros de Marx*: ¿cómo pensamos la justicia para el "no presente"? ¿Imaginarlo? ¿Ponerse en el lugar del otro en una aventura a la J. Rawls o J. Habermas? No lo intenten, la esquizofrenia tiene campo semántico y no es muy atractivo arar en sus llanos.

De la lapidación al matrimonio o hasta el circular por los claustros universitarios, hubo luchas, marchas, retrocesos, campos de concentración: por eso hablar de "ansiedad normativa" a lo Roudinesco cuando alguien alcanza un derecho no es más que un enunciado de soberbia ya que su lugar de enunciación es el del que puede. Como sostiene nuestro compañero Arturo Jauretche, primero "igualá que largamos" y después discutimos, ya que un derecho, de más está decirlo, no obliga.

Y este devenir paradójico del nefando por nombres marcados negativamente y las reapropiaciones que se pudieron operar, no fueron una mera deriva lingüística, sino discursiva con toda la materialidad que esto implica en la construcción de los lazos sociales: en el camino, la naturaleza fue herida de muerte y con ella el fascismo de sus falacias.

Cuando este año la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP desmarcó sus baños de los significantes que producen un corte en la realidad a lo Jacques Lacan, también se desamarró algo más: se le soltó la rienda (y la chaveta) a Monseñor Aguer, que desde su púlpito nazi y mortuorio, lejano a la mesa de encuentro de las primeras comunidades cristianas, repitió (¡Oh casualmente!) una frase cara al diario *La Nación*: "minorías minoritarias" ¿A qué se refería el prelado? ¿Al pasado cristiano del cual no parece aprender nada? ¿A los que, como él, renunciaron al roce acalorado? Vaya uno saber. Eso si Monseñor, "apantalone" sus sotanas o blíndeselas a los curas pedófilos si quiere venir a dar baratas clases de moral.

¿Murió la naturaleza? A no temer ecologistas honestos y no tanto, hablamos de esa que siempre se usó para dividir en la desigualdad para operar sobre tantos y tantas ingenierías políticas y afectivas que son funcionales a un esquema que alimenta patrones, lobos de varones y mujeres. Sujetos nada nefandos estos personajes a quienes les cuesta mantener la lengua en el cerco de sus dientes y que tuvieron el tupé de decirnos cómo usar esa zona donde la espalda pierde su buen nombre, al decir de Nini Marshal, y hasta el límite de la crueldad de poner picana en las zonas del cuerpo que aún cierto conservadurismo de izquierda piensa que no son políticas.

La naturaleza no murió, nunca existió, así como lo nefando. Por eso comunicar es hoy más que nunca abrir el cerco y acercar la lengua (metáfora compañeros/as) en una guerra de posiciones que recorre cuerpos, regiones, significados y que hace imposible, como bien dijo León Trotsky, asomar la cabeza sobre el paredón sin ser decapitado.